

DISCURSO DE ORDEN EN  
OCASION DEL  
DIA DEL ECONOMISTA  
EL DIA 16 DE NOVIEMBRE DE 1984  
PRONUNCIADO POR LA  
DRA. ISBELIA SEQUERA DE SEGNINI  
INDIVIDUO DE NUMERO DE LA  
ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS ECONOMICAS



**DISCURSO DE ORDEN  
EN OCASION DEL DIA DEL ECONOMISTA  
PRONUNCIADO POR LA DRA. ISBELIA S. DE SEGNINI  
INDIVIDUO DE NUMERO DE LA  
ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS ECONOMICAS**

El estudio de la Economía, de la Economía como ciencia, es reciente en Venezuela. Se inicia el 17 de noviembre de 1938, con la creación de la Escuela Libre de Economía, hace cuarenta y seis años con toda exactitud. Pero su importancia, su sistematización, y lo que esa ciencia podría significar para el desarrollo de nuestro país, sólo cobra verdadero impulso en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, en particular con la creación en la Universidad Central de Venezuela de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales en el año de 1945, es decir, al terminar la guerra. No es, pues, por ello aventurado afirmar, partiendo de los hechos materiales y no del recuento cronológico, que la verdadera afirmación de esta ciencia entre nosotros comienza precisamente en los momentos en que la humanidad cierra uno de los capítulos más sombríos de su historia.

Si en un poderoso e irrealizable esfuerzo de abstracción intentásemos detener las agujas del tiempo y, haciéndolas retroceder hacia el pasado, retornásemos a esos años

inmediatos posteriores a tan terrible conflicto; y si también, por otra parte, hubiese recaído en mi persona la honrosa distinción de pronunciar algunas palabras con motivo de un aniversario el Día del Economista o de la fecha de creación de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, el tono de mis palabras hubiese sido distinto al que hoy me veré obligada a utilizar. Impuesto éste por las circunstancias por las cuales atraviesa el mundo, el continente latino-americano como parte de ese mundo y, muy particularmente, nuestro país, este gran pedazo de tierra que se denomina Venezuela y que lo llevamos todos metido muy hondo en nuestro propio ser.

Para aquel entonces la humanidad acababa de soportar una de las sangrías y hechos de destrucción más dramáticos que recuerda su historia: la guerra de los años 1939 al 45. Decenas de millares de seres humanos perdieron la vida en esa contienda. Importantes obras que constituían el patrimonio cultural y artístico de la humanidad, producto del genio creador del hombre, fueron destruidas. Ciudades y campos quedaron arrasados. Más, pese a ello, y debido quizás a esa capacidad de olvido que tiene el ser humano y que junto a cuanto de negativo tiene a veces le asegura al menos su supervivencia, la humanidad intentó olvidar la desgarradora contienda que acababa de ocurrir, tratando de reconstruir sobre ruinas aún ensangrentadas cuanto de ellas podían ser útil para la creación de un nuevo destino y de una vida nueva.

Para la América Latina, para nuestra América, con todas las graves repercusiones que en su vida social tuvo la Segunda Guerra Mundial, las restricciones mismas impuestas por esa guerra obligaron a nuestros países a ahondar con mejor tacto y mayor conciencia en el aprovechamiento de sus riquezas, y a vivificar el desarrollo de un pro-

ceso industrial impuesto por los requerimientos de un mercado que no podía ser abastecido por las grandes potencias industriales comprometidas como lo estaban todas en la contienda bélica.

Desarrollo de nuestros países que no fue únicamente económico. Porque al lado de un mejor aprovechamiento de nuestros recursos naturales, al lado del inicio y desarrollo de la industrialización, surge un sentimiento de integración nacional y continental iniciado a comienzos y durante la primera mitad de este siglo, surgiendo también, como consecuencia de éllo, un sentimiento de identidad nacional y continental que deja evidentes huellas de afirmación en el campo de la cultura. Es ese el momento en que nuestros países, Venezuela entre ellos, intentan navegar a velas desplegadas por las rutas del desarrollo, cumpliéndose al mismo tiempo en el campo de la cultura la afirmación de un mestizaje que permitiría expresarse con personalidad propia en el campo del pensamiento y de la creación artística a quienes ya éramos mestizos sanguíneos por haber mezclado nuestra sangre aborígen con la del conquistador occidental y con la del negro africano, quien vejado y cargado de hierros había llegado a nuestras costas trayéndonos también el extraordinario mundo de su magia y el poderoso repiquetear de su ritmo enervante.

Con todo lo que la guerra había significado para la humanidad, y pese a las contingencias que continuaban aún aprisionando al hombre, al salir del conflicto, casi con optimismo, trata éste, ya lo dije antes, de reconstruir una vida distinta de la que acababa de vivir. De allí que a pesar de las dramáticas circunstancias señaladas, ante nuestro país se abría un sentimiento de optimismo y viva alegría.

Pero hoy la situación es distinta. Ese sentimiento

de optimismo perdura aún por la fé que tenemos en el ser humano y por nuestra condición de país jóven, pues es ahora cuando estamos afirmando nuestra verdadera razón de ser. Pero esa afirmación la hacemos en circunstancias extremadamente graves para el mundo. La Primera Guerra Mundial de 1914-1918 y la Segunda Guerra Mundial de 1939-45 pusieron al desnudo la tremenda crisis estructural que atraviesa la civilización contemporánea. Crisis de una cultura y de un sistema producto de esa cultura. Si el desarrollo hipertrofiado de la urba ha ocasionado en el campo de las relaciones humanas los más graves problemas de convivencia, sanitarios, de abastecimiento, educación, corrupción y vicios, el desarrollo hipertrofiado de los países industrializados, su lucha por los mercados y por el rendimiento económico de sus empresas, aviva cada vez más el fuego de la contienda clasista, lanzando a la humanidad a un callejón al parecer sin salida pese a los esfuerzos que ésta realiza por superar los dramáticos problemas del presente.

Es cierto que en esa lucha, en ese empeño indomitable del hombre de construirse una vida mejor, la Ciencia Económica y quien la practica, el Economista, en lo que al presente se refiere, desempeñan papel de extraordinaria importancia. Todos los problemas que confronta hoy la humanidad están íntimamente vinculados a la materia económica. Lo está la política misma, pues todos sabemos pero es buena la oportunidad para repetirlo que "Política es economía concentrada". Y todos sabemos también que el desarrollo cultural de los pueblos, aun en los propios límites de su superestructura, está íntimamente vinculado con su desarrollo económico. Porque la cultura, y entiéndase ésta en la más amplia acepción del vocablo, sólo alcanza esplendor y rumbos afirmativos cuando la vida económica de la sociedad descansa a su vez sobre cimientos firmes.

Si el estudio y conocimiento de la Ciencia Económica es de capital importancia para el futuro de los países industrializados, para los nuestros, latinoamericanos en vías de desarrollo, tiene particular significación. No es ésta la oportunidad para referirme a algunos hechos y situaciones de los diferentes países que integran el continente de habla latina. Pero sí es necesario, en lo que a nuestro propio medio de acción y de responsabilidad se refiere, señalar algunos particulares de la vida económica de nuestro país.

Hasta hace apenas cincuenta años, Venezuela aparecía como un país semifeudal, de atrasada economía agropecuaria, productor de elementales materias primas, con una balanza comercial y una balanza de pagos que oscilaban entre los 80 y 100 millones de bolívares al año.

Zumaque en 1914 y Barroso II en 1922 inician un cambio profundo en nuestra vida económica: un cambio estructural. Mediante la entrega de nuestro petróleo a los consorcios internacionales y al incalificable carácter de esa entrega, Venezuela, de país agropecuario como lo era hasta ese momento, se convierte en país minero. Y a medida que descende su producción de materias primas elementales, cacao, café, pieles, añil, algodón, tabaco, el país se convierte en monoprodutor de aceite mineral, encadenándose su fisco a la renta minera. Desde ese momento se inicia para Venezuela una vida distinta; una vida caracterizada por la explotación intensiva del petróleo y por lo que esa explotación y su comercialización han significado para nosotros. Tal fue el cambio estructural que se inicia en Venezuela a partir de la década de los años veinte.

No es mi intención realizar pormenorizado recuento de los aspectos positivos y negativos que nos han traído el petróleo. De cómo esa riqueza fue entregada a los consor-

cios internacionales en forma que permitió a un propio Ministro de la dictadura gomecista exclamar: "Nosotros le regalamos el petróleo a las compañías explotadoras y encima de ello les pagamos para que se lo lleven". Tampoco me referiré a lo que se ha denominado como nacionalización de la industria petrolera, excelente transacción para los consorcios internacionales, que les permitió negociar chatarra a precio de maquinaria industrial dejando para sí la comercialización de nuestro petróleo. Tampoco me referiré, porque tampoco es ésta la oportunidad, sobre la forma y manera como la riqueza proveniente del petróleo ha sido alegremente derrochada y de las múltiples y dramáticas consecuencias de tan alegre despilfarro. Pero, obligada por la fecha en que hablo y por las personas ante quienes hablo, sí creo debo señalar algunos hechos, conocidos de todos es cierto, pero que es necesario mencionarlos de nuevo para poder apreciar en toda su amplitud el rol que estamos obligados a desempeñar nosotros los Economistas en la Venezuela de hoy, precisando con toda claridad la enorme responsabilidad que impone la situación presente a quienes hemos dedicado nuestra vida al estudio y práctica de esa Ciencia.

Venezuela no debería estar en crisis. O, por lo menos, esa crisis no debería haber alcanzado los límites a los cuales ha llegado. Sé muy bien, como economista que soy, que toda la humanidad vive una crisis estructural. Sé muy bien que mientras no se efectúe una transformación a fondo de las relaciones económicas y sociales que hoy privan en el mundo, difícilmente el hombre podrá superar la crisis que hoy lo afecta. Pero si la nación venezolana hubiese asumido con responsabilidad el manejo de su economía y hubiese utilizado en forma sabia y honesta la enorme riqueza que su condición de monoprodutor de aceite le ha proporcionado, nuestro país no confrontaría hoy los problemas que confronta, pues si en verdad muchos de ellos son derivados de



la crisis estructural que afecta al mundo, otros, apremiantes, han sido originados por nuestra propia irresponsabilidad. Tan dura afirmación amerita ser aclarada.

La naturaleza ha sido en extremo generosa para con nuestra nación y para quienes en ella vivimos. Le ha dado la enorme riqueza que encierra su subsuelo. Y nosotros, los venezolanos, aturdidos por esa riqueza, sin considerar su carácter perecedero, sin considerar que los países industrializados han hecho y continúan haciendo cuantos esfuerzos sean posibles por seguir usufructuando en forma en extremo ventajosa de nuestras materias primas, nosotros, los venezolanos, quiero repetirlo, hemos actuado frente a esa magnanimidad de la naturaleza en forma que cuando menos debemos calificar de irresponsable. Permítaseme mencionar muy rápidos ejemplos.

Para el último año de gobierno del Presidente Isaías Medina Angarita, el presupuesto nacional alcanzó apenas a la cifra de 497 millones de bolívares. Durante los tres años posteriores del Gobierno Transitorio ese presupuesto se elevó a más de 3.600 millones para su último año. Tal línea de ascenso se mantiene firme pero sin estridencia hasta los años del Dr. Rafael Caldera, cuando el presupuesto alcanza al final de su gobierno a 14.000 millones de bolívares, en cifras redondas. Y al año de iniciarse el gobierno de Carlos Andrés Pérez, debido al alza de los precios del petróleo, una lluvia de dólares comienza a caer sobre nuestro país. Lluvia de dólares que ha intensificado la línea ascendente del presupuesto nacional, el cual sobrepasa en la actualidad una inconmensurable cifra cercana a los 120.000 millones de bolívares. ¡Ciento veinte mil millones de bolívares! Doscientas cuarenta veces más que el primer presupuesto citado. Entiéndase bien lo que esto significa. También, y es duro constatarlo, lo que hubiese significado si tan astronómicas cifras hubiese sido puestas al servicio de la nación

Pero la realidad ha sido otra. La contienda política y el subsiguiente reparto de cargos y prebendas ha elevado el gasto público, el gasto general, a cifras exorbitantes. La administración pública se confunde con la oficina burocrática del partido de turno. Y mientras se deja a un lado la solución de problemas fundamentales que afectan nuestro desarrollo económico y social, mientras se cancelan planes de desarrollo hidroeléctrico vitales a nuestra futura vida como nación independiente, mientras todo esto ocurre, como contrapartida, para atender a una burocracia desenfrenada, al enriquecimiento ilícito y al despilfarro, el país ha sido lanzado por el camino del endeudamiento y el de posponer ya de manera franca la solución a fondo de los problemas que afectan nuestro desarrollo económico. Y semejante situación, a todas luces condenable, al volcar el peso de la inflación sobre las espaldas de la colectividad, en buena parte ha impedido a Venezuela darle exitoso frente a la resonancia que sobre ella tiene la crisis estructural que conmueve a la humanidad.

Estos hechos imponen a nosotros, los Economistas, una responsabilidad que trasciende los límites de lo normal ciudadano. El país entero, todos lo sabemos, debe enfrentarse a la crisis. El país entero debe pedir cuenta a sus dirigentes, reclamándoles el saneamiento de la administración pública y la defensa y desarrollo de las riquezas nacionales. Pero a nosotros, los Economistas, la situación señalada nos exige mayores obligaciones. Por nuestra propia razón de ser, por haber escogido como forma de vida el estudio de la Ciencia Económica, y por el convencimiento que todos tenemos de la importancia que esa ciencia tiene en el destino de nuestro país. Los problemas que hoy confronta Venezuela, son múltiples. Y a ellos no puede llegarse por la vía de la improvisación, iniciando un rumbo para luego abandonarlo, o abriendo un camino para luego tapizarlo. Sólo el estudio profundo de la problemática nacional podrá proporcionarle

al país las herramientas que le permitan superar la crisis actual. Y esas herramientas, por su íntima vinculación con la Economía, está en nuestras manos el forjarlas. En nuestras manos y en nuestra inteligencia.

Me referí al comienzo de esta exposición al tono de mis palabras. Sé que mis expresiones han sido duras. Lo impone así el difícil momento en que vivimos. Pero si duro es mi tono, mi fé en Venezuela y en el hombre venezolano se mantiene intacta. Sentimiento éste, estoy segura, compartido por quienes integramos esta sociedad de hombres de ciencia venezolanos. Y tal es la firmeza de este sentimiento, que me permito pensar en alta voz que mañana, cuando Venezuela haya superado la crisis que hoy la azota, sin que ello signifique que olvidemos las deficiencias humanas que permitieron hacerla más profunda, recordaremos también con verdadera pasión que con todo lo que esa crisis tuvo de negativo, élla puso en nuestras manos la posibilidad de cooperar de manera directa y consciente, con verdadera pasión venezolanista, en la solución de los grandes problemas que hoy se interponen a nuestro desarrollo y al establecimiento de una vida más noble y fecunda para todos los venezolanos.

Muchas gracias